

detrás, se acercan otra vez, ó se hablan, sonriendo como buenos amigos, para salvar el decoro.

La señoras se detienen alguna vez para pasar un corchete que se desabrocha, ó atar una cinta que se desata, ó quitar una piedrecita que se introdujo en el zapato escotado.

Y tal vez aquella piedra era enviada por Dios.

Pero es triste cosa: siempre está el marido delante ¡y son tan opacos los maridos!...

Pero no importa: me divierto. Con algun daño, es verdad; como aquella maldita tarde en que un buen mozo, atando por detrás el velo del sombrero de su mujer le estampó en la nuca un maldito beso, del que sentí entre cabeza y cuello el contra-golpe, como si me hubiera descargado nn puñetazo un boxeador inglés.

*
*
*

Pasan tambien solitarios, y no son estos por cierto, los que ménos me divierten. Ya me los sé casi todos de memoria.

Sé á qué hora precisa vendrá á despuntar tal ó cual otro: oficiales pensativos, empleados con licencia, convalecientes que verifican la ascension todos los días, por órden del médico; gentes acomodadas, anchas y lentas que suben tranquilamente, con las manos cruzadas á la espalda, mirando aquí y allá con vaga sonrisa, y yendo á buscar las piedrecitas para hacerlas rodar con el pié; y todas aquellas marcadísimas señales que dan las ciudades pequeñas despues de un día de tranquilo trabajo.

Hay un viejo sacerdote delgadito que pasa todas las tardes, á las ocho ménos cuarto, se encamina á la derecha por el camino del camposanto, vuelve á pasar bajo el balcon á las ocho y media, con el breviario abierto entre las manos, sin levantar los ojos nunca, sin cambiar de paso, sin detenerse

jamás un segundo; y dá aquel paseo, del mismo modo hace treinta años.

Un viejo y obeso señor pasa constantemente con el baston derecho sobre el brazo y el sombrero de paja colgado al baston.

Otro toma infaliblemente su polvo de rapé en el momento mismo en que pasa bajo un tilo que sombrea el camino.

Y yo me divierto en adivinar las demás costumbres de aquellos buenos señores, sus comidas regulares, sus horas de sueño sacramental, el odio profundo hácia ciertas salsas, ciertas costumbres extrañas é invencibles en punto á higiene, la faja de lana rodeando el talle, la pequeña cantina escogida para casos de enfermedad, y la pequeña farmacia casera, provista con tiempo y con gran cuidado.

Y asomando la cabeza dolorida y cansada de escribir todo el día, les sigo á todos hasta que desaparecen, con cierta sonrisa envidiosa...

*
* *
*

Hácia la tarde pasan tambien soldados que ván á esparcirse por la campiña, casi siempre de dos en dos.

Oigo acentos napolitanos, sicilianos, toscanos, lombardos. Algunos cantan. Es un toscano que solfea:

Dove vai, dove vai, ricciolina

deliciosamente y muy bien acompañado por el acompasado movimiento de un soldado de infantería.

Hablan acerca de sus trabajos: la consigna, la reparacion de las prendas, el nuevo cuadro de horas....

Algunas veces expresan sentimientos de admiracion por las señoras con las que se han cruzado poco ántes:

—¡Valiente moza!

—¡Monísima!

Pasan algunas veces solos, entreteniéndose en cojer las moras de los zarzales con complacencia glotona de niños. Corren tras las luciérnagas y se inclinan para registrar los hormigueros con las bayonetas.

Son capaces de perder una hora, buscando un pájaro del que oyen el canto dentro de un matorral ó entre las ramas de un árbol, chorreando de sudor á fuerza de dar vueltas, de acurrucarse y de retorcerse como una culebra.

Bajan hácia los campos, vuelven atrás con ramos de flores silvestres prendidas en los ocales, felices de poder dar cuatro pasos fuera de la caja, con el cinturón á la espalda y las manos en los bolsillos, aspirando el perfume de los prados y de las eras, donde han nacido y crecido.

Y algunos de ellos, se vuelven á mirar hácia arriba con una expresion de amistosa curiosidad que me compensa de un mes de quebraderos de cabeza.

*
*
*

A cierta hora disfruto otro espectáculo: veo subir por el camino del valle de Lemina grupos de viejos y viejas del vecino Asilo, vestidos de telas grises rayadas que vuelven de paseo.

¡Pobres viejos! Pasando bajo el balcon aquellos que pueden, levantan la cara; y entónces puedo decir tambien yo que "cuarenta siglos me contemplan."

Parece que vuelven de una batalla. Vienen primero los hombres con rostros de naranja secada sobre la chimenea, con cuerpos demacrados, nudosos como cañas; enanos torcidos que parecen salidos de debajo de una prensa, almas anchas que se caen por todas partes, figuras raras de que no se alcanza la fisonomía y que recuerdan los famosos *struldbruggs*, condenados á eterna decrepitud en el famoso libro de Gulliver; pasos que presentan juntos todos los saltos y ondulaciones de un mazo de muñecas en manos de un paráltico.

¡Cuán triste y maligna es la naturaleza al poner juntas de aquel modo la hilaridad y la compasión!

Vienen despues las pobres mujeres: cubos, pirámides equiláteras, escos, ochos, rostros velludos y súcios; entre los cuales tambien se reconocen ojos llenos de benevolencia y dulzura, que expresan todavía un amor alegre á la vida y prometen aun buenas acciones y pequeños sacrificios útiles para álguien.

Pero quien me dá qué pensar más que todos es un desgraciado todo roto, viejo como el primer topo, con una barba que parece un trapo sucio, una cara ridícula que debe ser el hazme reir de la compañía, que siempre está contando algo con voz de trombon desafinado, anécdotas verdes y cosas todas por el estilo, porque provoca alrededor risotadas fatigosas, nerviosas curvaduras, accesos de tos, millones de arrugas, una descomposicion, capaz de hacer mandar corriendo por el médico.

¿Qué diablos dice? Esta es una curiosidad que me atormenta. Debe contar todavía anécdotas lúbricas, aquel vegestorio, aventuras de 1820, quién sabe que bribonadas..... y que finezas.

Algunas palabras llegan hasta mí, pero su sentido se me escapa, y esto me desespera.

*
*
*

Pasan, á veces, grupos de colegiales con gorras galoneadas de oro, en dos filas, acompañados de los pasantes. Los primeros, pequeñitos, de ocho á diez años; los últimos, próximos á la quincena, dichosos de encontrarse en libertad y de aspirar el aire á sorbos como un vino generoso.

Pasan ensanchando y alargando las filas, volviendose á todos lados, hablando todos á un tiempo, con gradacion ascendente de fuerza vocal, desde las voces femeninas de las primeras letras, á los velados vozarrones del Instituto, hablando de tres en tres, de cuatro en cuatro, y sembrando por el camino reglas de gramática latina, enunciados de teorema, risas, nombres históricos, cálculos, todo confusamente, con aquella mímica encogida y angulosa de estudiantes, que tiene algo de la gesticulacion de las muñecas.

¡Ah! ¡Cuán lejano está aquel tiempo... que está tan cerca!

Encuentro, entre aquellas filas, cabezas salidas de mis antiguos compañeros de escuela; reconozco voces de hace veinticinco años, gestos que me recuerdan cosas distintas.

Pero no hay nada que fiar estando al balcon mientras pasan, porque puede darse el caso, como una tarde, que los primeros discutan acerca del mejor modo de cazar moscas, los del centro callen, y los últimos hablen, en alta voz y sin sospecha alguna, de lo que pende sin ser visto sobre sus cabezas; y aunque puede suceder que se oigan decir cosas agradables, se corre tambien el peligro de todo lo contrario.

Encuentro, entre aquellas filas, cabezas salidas de mis antiguos compañeros de escuela; reconozco voces de hace veinticinco años, gestos que me recuerdan cosas distintas.

Pero no hay nada que fiar estando al balcon mientras pasan, porque puede darse el caso, como una tarde, que los primeros discutan acerca del mejor modo de cazar moscas, los del centro callen, y los últimos hablen, en alta voz y sin sospecha alguna, de lo que pende sin ser visto sobre sus cabezas; y aunque puede suceder que se oigan decir cosas agradables, se corre tambien el peligro de todo lo contrario.

* * *

Otra vez despues de media hora de silencio, oigo un murmullo de voces armoniosas, y veo á través de las ramas de los árboles una confusion multicolor de plumas, flores, sombrillas, velos; tres ó cuatro familias reunidas: muchachas de diez años, señoritas de veinte, señoras de treinta; la escala viviente del paraiso que sube hácia arriba.

Y forman un hermoso cuadro por algunos minutos todos aquellos rostros sonrosados sobre el fondo verde de las vides y de las acacias y las medias blancas sobre la yerba. Y un poco más acá los sombreritos rojos y sonrosados que se destacan sobre el azul de las montañas y tambien más cerca los ojos azules que brillan bajo las negras cejas.

Y á propósito, ¿cómo es la sangre de Pinerolo? No sabré qué decir.

Entre la sangre de Turín y la de Pinerolo, no hay más que una hora de ferro-carril.

Colorea un poco más los hombres y las mejillas...

En tanto, las señoras están allá abajo; la fatiga de la ascension, hace ondular los senos; el aire de los montes agita el cabello sobre las sienes y los brazos que se levantan, muestran los graciosos contornos de la piel blanca...

Pero esto es la vision de un momento. El murmullo armonioso se aleja, los velos y sombrillas se esconden entre los árboles, y no queda más que un poco de perfume en el aire y alguna huella de piecillos en el camino.

* * *

Pasan despues parejas de amigos, á mucha distancia unas de otras, lentamente, hablando fuerte, de manera que oigo las palabras antes de ver las caras, y recojo fragmentos de discursos curiosos, cortados despues de un golpe, y continuados luego en voz baja, cuando la pareja llega frente al observatorio.

—¡Comprendo!—dice una voz rimbombante que se acerca.—Me tienen sin cuidado trescientas cuarenta pesetas de riqueza móvil! Yo le demostraré.....

Aparecen: ya no oigo nada. Despues de cinco minutos, una voz lenta y tranquila que hace una biografía:

—En segundas nupcias con la señorita Gloriodi, hija del primer matrimonio del comendador Gloriodi que era jefe de division en 1860; de modo, que viene á ser cuñado de la condesa Vespretti, precisamente un año despues de separarse de su marido por el famoso escándalo con el capitán...

Despues viene un largo silencio, y tras éste, una voz estridente y apresurada:

—¡...Para decir calumnias y bribonadas...! Sí, bribones; que no son otra cosa. ¿Y con qué derecho? ¿Con qué pruebas? ¿Cómo tiene valor para acusar á los otros despues de aquella bribonada del setenta y siete? ¿Cómo no comprende que de un día á otro...?

Despues, de repente, una voz gruesa y tranquila:

—...En un lfo de papel ó bien en un envoltorio de tela, y lo pone á cocer. Pero sin agua, tenga cuidado. Debe cocer de cuatro á cinco horas á fuego lento, á causa de los vapores que se desprenden y que quedan allí encerrados. Y de esta manera lo comerá mejor de cuantos modos se han inventado, cuando se trata de comer ó de beber.....

Y todos se detienen un instante en el muro á admirar la puesta del sol.

Cuando toda la llanura está ya envuelta en la sombra azulada de la tarde, asoman todavía por el valle de Chisone, por el de Lucerna y del Pó, como por tres ventanas inmensas, caras coloreadas por luz ardiente que alumbran tres pedazos de campo, dorando las casas, bosques y torrentes.

Los montes bajos están ya casi negros; los montes altos permanecen de azul profundo; las montañas más altas están todavía claras, de un azul limpio, unido y dulce, como las aguas de la gruta de Grapi; y adornados, por poniente, con manteletas de seda rosa, salpicada de pedrería y estrellas de oro.

Despues las manteletas caen, se estrechan, se reducen á un punto pequeño, no son más que un diamante y se desvanecen al fin.

Pero todavía permanece el Monvino bajo las caricias del sol.

Y el sol lo acaricia, lo lame, lo abandona.

Y entonces toda la enorme cadena negra se destaca violentamente en el cielo y lo pincha y lo muerde con sus mil arcos agudos y con sus mil pirámides, dibujando en el horizonte una de las más bellas y formidables imágenes de grandeza que se hayan ocurrido jamás á la imaginacion humana.

*
* *

A aquella hora, los labradores vuelven del trabajo y los muchachos y las vacas de pastar.

Por todas partes llegan alegres cantos á mis oídos; aquellos cantos de los campesinos piamonteses, tan extraños y tristes, cantados en voz altísima y con grande esfuerzo como para dejarse oír á grandes distancias é interrumpidos por ciertos gritos guturales, adornados con varios gorjeos violentos que hacen detener al campesino que pasa en silencio, con el oído ofendido, pero curioso por escuchar más.

Algunas voces suenan cerca de mí voces femeninas, llenas y poderosas, que me hacen imaginar grandes muchachas con la boca abierta y palpitante el seno. Otras más cercanas, cuyas palabras distingo, una voz trémula, una cancion patética que comienza:

"América es grande é Italia pequeña"

y habla de un ramo de flores que será llevado á

través del Océano. Otras lejanísimas, voces anchas y dolientes semejantes á las cantinelas de los marineros, que se acercan, se alejan, están casi encima, y luego vuelven á sonar más léjos.

Y parece que todas aquellas voces se llaman y responden de una parte á otra del Lémina y desde la llanura á la colina. Gritos de amor engañado, suspiros de miseria sin esperanzas, ¡adios! á soldados que se alejan é imploraciones de socorro.

Cien voces, es decir, la gran voz difundida y cansada del campo que se lamenta de las fatigas mal compensadas, de las quintas, de la guerra, é invoca el sonido amigo que venga en su consuelo.

De repente, un viento impetuoso que baja de los Alpes dispersa todas aquellas voces.

Y entonces, delante de mí, empieza el gran movimiento de la muchedumbre verde, agitada por mil ideas y mil pasiones contrarias.

Es una confusion tempestuosa; disputas violentas de tilos que se insultan; negaciones rabiosas de árboles que gritan:

—¡No, no, jamás!

Actitudes convulsas y desesperadas de acacias aterrorizadas; ímpetus de furor de chopos que se encorvan para amenazar á los árboles débiles, que se achican y muerden el polvo.

Y pequeñas riñas feroces de arbustos que se odian, y más allá un eterno movimiento de cabeza de grandes árboles juiciosos que desapruaban tranquilamente toda aquella confusion.

Poco á poco todo se apacigua.

Despues, de repente, como si llegara una mala noticia, un estallido de ira y de dolor, un desencadenamiento de protestas é imprecaciones, una desesperacion, una rabia sin descanso, un tumulto de multitud amenazadora, la cual, sin embargo, poco á poco se cansa, baja los brazos y la voz, se deja casi persuadir, se apacigua con ciertas condiciones dando todavía señales de duda, con lijero murmullo de descontento, para no parecer demasiado fáciles de contentar...

Cuando hé aquí que llega un telegrama que lo desmiente todo... y entonces estalla formidablemente, para no aplacarse ni interrumpirse la revolucion social.

Entonces, solo en el balcon, en la oscuridad que sube, oreado por el viento, como sobre el puente de un navío, gozo de todo aquel fragor de huracán, lleno de gritos, silbidos, gemidos, palabras dolorosas, que suenan en mis oídos como susurros de espectros invisibles que pasan junto á mí al vuelo.

El fragor sube á oleadas; son hurras de Eugenio de Saboya que se lanza al asalto de Santa Brígida,

ahullidos de los prisioneros de Saint-Mars, azotados, llantos de niños astigianos, sepultados en las torres de los Acaia, estertores de cavorreses degollados sobre la roca.

Y después, tras breve murmullo sordo y comprimido, hé aquí á la marquesa de Spigno que estalla en sollozos, los valdenses cantando los salmos de la victoria sobre las cimas de Angrogna, los cañones de Veraita tronando, los emigrados que mandan el último adios á la patria, treinta mil gritos de alegría que saludan al vencedor de San Quintin.

Todo el pasado se levanta y me habla, todos aquellos benditos dolores, todas aquellas santas alegrías, todas aquellas grandes historias de sangre, de fuego, y de llanto, á las cuales debo mi satisfaccion de aquel momento.

La satisfaccion de un italiano libre que contempla los confines de su patria libertada, al declinar de un día de trabajo, en el cual, escribiendo, recibiendo saludos de amigos lejanos, recorriendo periódicos y libros de todas las provincias, ha visto un poco de todas con el pensamiento y con el corazon y ha sentido sobre su frente el álito caliente de la madre comun.

En tanto ha cerrado la noche.

Las ventanas de las fábricas y de los cuarteles están

todas alumbradas, allá en la llanura y aquí y allá por los campos y sobre las colinas, brillan algunas luces como ojos inflamados batiendo los párpados á punto de rendirse al sueño.

Entónces, en aquella oscuridad cerrada en que desaparecen las faldas de los montes, parece que toda la vastísima campiña suba y se convierta en falda de los Alpes.

Y los Alpes, negros, aparecen inmensos sobre el cielo gris como ondas de un mar prodigioso que se ha levantado para sumergir al mundo y queda un momento allá arriba amenazando.

Aquellos son los momentos en que me siento más encadenado admirándolos, porque no hay nada sobre la tierra que distraiga de ellos la mirada y el pensamiento.

Y los miro, los adoro, los llamo madres de los soldados de hierro y fuentes eternas de poesía y de salud, terribles, bellísimas y buenas, nuestro orgullo, nuestro amor y nuestra fuerza.

Y allí estaría sabe Dios cuánto tiempo hablando con ellos si á cierto momento no sintiese cuatro pequeñas manos sobre los hombros, y dos voces ligeras en los oídos que me preguntan:

—Y bien ¿qué haces ahí? ¿En qué piensas?

—¡En qué pienso! ¿Cómo os lo podré decir?

Pienso en estas montañas que han visto tantas cosas, en este ángulo de Italia, donde tanto se ha sufrido y combatido y que quisiera hacer conocer y amar por todos y que un día pudierais ser llamados á defender tambien vosotros, queridos niños.

Vosotros no comprendéis todavía estas cosas; pero yo escribiré un libro en el cual estará todo para que lo leáis despues durante muchos años, frente á los Alpes, y lo titularé: A LAS PUERTAS DE ITALIA.

Y experimento entónces un gran placer oyendo gritar aquellas cuatro palabras de voces infantiles con acento en que se siente casi el primer temblor inconsciente del más grande de los afectos; y me imagino toda su generacion que lo repite en coro á una voz, en días de peligro: millones de voces confundidas en un grito amoroso y tremendo que pasa sobre la pátria como el grito precursor de la victoria.



ÍNDICE

	Páginas.
Las Termópilas Valdensés.....	1
La Marquesa de Spigno.....	81
La roca de Cavour.....	123
Desde el torreón Malicy.....	203

